

Feminidad, encierro y locura en el siglo XIX chileno.

A propósito de
Diario de una loca (1875)
de José Lastarria

MÓNICA CÁRDENAS MORENO
UNIVERSITÉ DE LA RÉUNION, FRANCIA

Con el sugerente título de *Antaño y Ogaño*. *El Diario de una loca*, José Lastarria (1817-1888), uno de los políticos y hombres de letras más destacados de la segunda mitad del siglo XIX chileno, líder del liberalismo e integrante de la escuela romántica de dicho país, publica en 1875 en las páginas de *El Americano*

(dirigido por el periodista argentino Héctor Varela) de París este sugerente relato ambientado en un asilo psiquiátrico de Río de Janeiro. El texto, que presenta la forma de un diario ficticio, se volvió a publicar en Chile ese mismo año en *La Revista Chilena*, órgano de prensa de la Academia de Bellas Letras, bajo la dirección de Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana.

El texto fue reeditado diez años más tarde como parte de una colección de relatos breves de tendencia histórico romántica: leyendas, anécdotas heroicas, etcétera, en las que se apela sobre todo a la historia chilena, como lo indica el título, de tiempos pasados y recientes. Nos referimos a *Antaño i Ogaño. Novelas y cuentos de la vida hispano-americana*¹ publicado en

la colección Biblioteca de Chile e impreso en Leipzig (imprenta de F. A. Brockhaus). De acuerdo con Beatriz González (1986), la primera publicación en formato de libro salió a la luz en 1908, momento en que se le agrega el subtítulo *Página de la historia de Bolivia* y junto con él se incorpora un prólogo en el que el *Diario* es presentado como un *romance à clef* en tensión con personajes y acontecimientos de la política boliviana de mediados del siglo XIX.

Por ser la más completa, y ya que el prólogo nos permite indagar cómo la ficción reescribe la historia de las repúblicas suramericanas, hemos utilizado la edición de 1908 a la que aludiremos en nuestras citas. De acuerdo con dicho paratexto, titulado “Noticia”, de autor anónimo, Lastarria tomó conocimiento de la historia de Petra Arrea, protagonista y narradora del *Diario*, durante su estancia en Río de Janeiro como representante de la diplomacia chilena: “D. José Victorino Lastarria, quien, ejerciendo la Plenipotencia de Chile en Río de Janeiro, recogió los datos que le sirvieron para darla a la publicidad” (p. 4).

El encierro y la soledad de Petra en un asilo psiquiátrico propician la construcción de un relato en primera persona, a través del cual se reconstruye un universo de recuerdos desordenados que presentan al lector distintos lugares y momentos de la historia suramericana: los primeros recuerdos de Petra se identifican con la geografía boliviana; el amor clandestino

que vive con Fructuoso y la carrera militar de este que los lleva por Bolivia y Perú; su vida posterior como esposa de Wenceslao Paunero en Buenos Aires; y, finalmente, su encierro en el psiquiátrico donde su alienación es doble a causa de su enfermedad y de la lengua portuguesa que la aleja del centro de afectos que había cons-



José Victorino Lastarria.

truido en torno al castellano. En ese sentido, el relato en primera persona se presenta en la ficción como una terapia que el médico le aconseja —“él me ha prescrito que la narre aquí: es su receta” (p. 43)—, es decir, como mecanismo de recuperación mental. Pero en este ejercicio su discurso se convierte al mismo tiempo en

un proyecto político americano trazado para criticar las formas despóticas y personalistas de los caudillos.

El aún problemático establecimiento de fronteras nacionales en la región y los múltiples intercambios transnacionales, que forman parte de la experiencia de muchos hombres y mujeres de letras del siglo XIX, según Doris Sommer (2009), alientan la construcción de ficciones que imaginan naciones regidas por ideales universales de progreso, civilización y modernización que se validan en la medida en que se abren hacia espacios más amplios del territorio nacional. En ese sentido, Lastarria, como también lo hizo, por ejemplo, el filólogo venezolano Andrés Bello desde Chile, entiende el proyecto de modernización nacional como uno de unificación sudamericana gracias a elementos culturales en común como la lengua y a paradigmas occidentales difundidos a través de la educación: la ciencia como garante del desarrollo de las naciones, el triunfo del heroísmo intelectual contra el antiguo heroísmo militar.

En este período de consolidación del estado liberal republicano en Chile, se refuerza la importancia de la lengua castellana no solo como la lengua del poder, sino también de la unidad americana, es decir, la lengua de la homogenización de proyectos republicanos liberales. En este contexto, en el *Diario*, se pone de manifiesto una tensión a nivel del lenguaje entre el esfuerzo por construir un

relato coherente y la representación lingüística de los delirios, las digresiones, los fragmentos de un discurso caótico. En esta tensión, se encuentra la riqueza interpretativa del texto, ya que en el propio acto de darle voz a una marginal se vislumbra la ligera posibilidad de incorporarla y pensar la sociedad con ella dentro. Sin embargo, el final del relato reafirma un proyecto disciplinario aún cerrado a la legitimación de voces subalternas en la literatura chilena del siglo XIX.

Para llevar a cabo esta tarea interpretativa, proponemos una reflexión en tres partes: la primera, en torno a la intertextualidad del *Diario* con el discurso histórico para descubrir cómo se relaciona el texto con el poder y la política latinoamericana del período. En segundo lugar, nos interesa indagar en las políticas de control de las que forma parte la escritura romántica de Lastarria; es decir, situaremos el texto en su contexto cultural de producción y recepción en Chile, como uno de los centros del proyecto americanista. En tercer lugar, abarcaremos la relación entre locura, poder y escritura a través de la representación de la voz femenina marginal.

1. PÁGINAS DE LA HISTORIA DE BOLIVIA

La noticia que abre la edición de 1908 nos permite descubrir parte de la historia política boliviana, oculta detrás de la historia representada en el *Diario*, aunque en el interior del relato el autor utiliza notas al pie de página para revelar la identidad histórica de los personajes aludidos que son bastante escuetas. Así nos enteramos de la relación familiar de la protagonista con el poder político boliviano: Isidora de Seguroola,

mujer de influyente familia, se casó en primeras nupcias con Jorge Ballivián de cuyo matrimonio nació José Ballivián, el famoso militar y político que fue presidente de Bolivia entre 1841 y 1847. Tras la muerte de su primer marido, Isidora se casó con Francisco de Arrea y Nieto de cuya unión nació Petrona Manuela Arrea y Seguroola.

En el *Diario* se alude al amor prohibido entre Petrona, llamada Petra, y un capitán del ejército boliviano, sobrino del mariscal Andrés de Santa Cruz², líder de la Confederación Peruano-Boliviana (1836-1839): Fructuoso de la Peña Santa Cruz. El joven Fructuoso fue hijo de la hermana del mariscal, María Josefa de Santa Cruz. Por otro lado, en la noticia se corrobora la relación incestuosa entre Ballivián y Petra que luego la protagonista evoca dramáticamente en el *Diario*: “Todo lo sabe, *menos sí, te lo juro, menos tu crimen*. ¡Un incesto! ¿Quién puede saberlo? Esa es, sin embargo, voz corriente” (p. 52). El autor de la noticia va un poco más lejos y pone en duda la paternidad del hijo de Petra, afirmando que cabe la posibilidad de que el padre haya sido José Ballivián. En todo caso, descubre la identidad del hijo que creció lejos de sus padres: José Rosendo Gutiérrez, quien nunca es mencionado con nombre propio dentro del *Diario*: “José Rosendo Gutiérrez, político, historiador y bibliófilo, de indiscutible mérito, de cuyo nacimiento, envuelto en el misterio, rasga el velo este libro, mostrando que el expósito José R. Gutiérrez tuvo por madre a Petra Arrea, sin precisar, si fue fruto de amor o resultado de incesto” (p. 4). Esta relación incestuosa entre los medio hermanos y/o las rivalidades políticas entre Ballivián y el entorno del general de Santa Cruz estuvieron

detrás de la orden de fusilamiento de Fructuoso. Lo cierto es que, dentro del diario ficcional, el amor que Petra llora es el de Fructuoso y el hijo producto de este amor, que le fue arrebatado.

Fructuoso había peleado en las batallas de Yanacocha y So-cabaya, victorias con las que se consolida el proyecto de Confederación Peruano-Boliviana que Andrés de Santa Cruz dirigía. Sin embargo, este proyecto entra en crisis a inicios de 1839 y tras la derrota en Yungay el proyecto se trunca. En el Perú, se da inicio al gobierno de Agustín Gamarra, y en Bolivia continúa en el poder el líder secesionista José Miguel de Velasco. Dos años más tarde, quien fuera uno de sus colaboradores, José Ballivián, tomará el poder. Durante su gobierno (1841-1847) impuso importantes reformas económicas y administrativas, además de reforzar los límites fronterizos; sin embargo, todo ello tuvo el sello del autoritarismo y la severidad. No solamente decretó una nueva Constitución (1843) que impedía la formación de una oposición, sino que las conspiraciones y los motines fueron sus principales formas de acción política.

El fusilamiento de Fructuoso ocurrió el 4 de marzo de 1843 y en la historia boliviana fue un acto simbólico a través del cual Ballivián (el vencedor contra el invasor Gamarra en la batalla de Ingavi en octubre de 1841) termina con el poder de Santa Cruz y de los “extranjeros”. Desde una perspectiva nacionalista boliviana, este cambio de poder supone una nueva independencia para Bolivia. Ya en 1839 el presidente Velasco había declarado a Santa Cruz traidor a la patria, y en 1842 Ballivián confiscó sus bienes y propiedades en favor de su propia familia. En estas condiciones, en

marzo del año siguiente manda fusilar al único miembro de la familia Santa Cruz que quedaba en Bolivia, su sobrino Fructuoso, haciendo eco de falsas acusaciones.

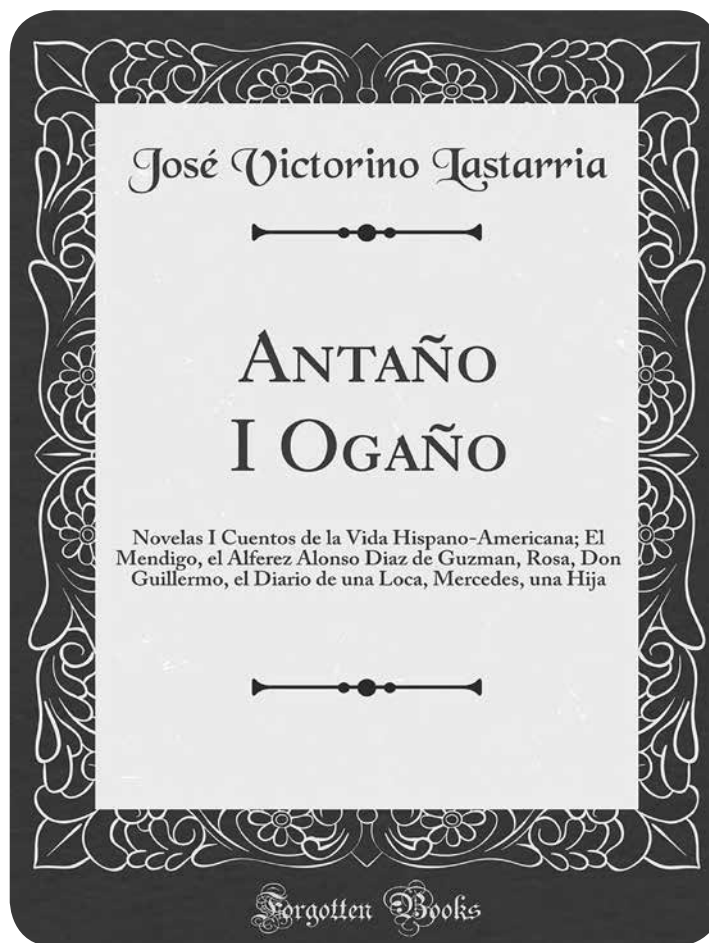
Se entiende en este contexto de rivalidades políticas que Ballivián se opusiera a la relación entre Petra y Fructuoso. El amor clandestino dará como fruto a un niño cuyos padres nunca conocieron porque la familia lo entregó a un desconocido. A lo largo del *Diario*, Petra evoca a este niño cuyo rostro nunca vio: “¡Mi hijo! ¡Ah! ¿Vive aún o ha muerto? Nada sé de él ¿Se parecerá a su padre? ¿Será bello, valiente, noble como él? ¡Tener un hijo, saber que vive, y no conocerle, no saber cómo es, no haberle oído jamás!... ¿Hay una cosa más rara?” (p. 48). Como ya hemos indicado, el autor de la noticia especula con la paternidad de este niño criado por el señor Gutiérrez y que se convertiría en un reconocido abogado, historiador, bibliógrafo y diplomático boliviano: José Rosendo Gutiérrez (1840-1883)³. El amor clandestino que termina en tragedia debido a la injusta muerte de uno de los amantes y el hijo expósito que llega a destacar socialmente, a pesar de crecer lejos de los beneficios que su origen le hubiese podido asegurar, son temas que la ficción romántica ha privilegiado. Dos temas que la ideología liberal explotará brillantemente: por un lado, los marginales sentimentales

como Petra y Fructuoso aseguran el afianzamiento del amor como un sentimiento noble y libre. Por el otro, el marginal social, el hijo cuyo origen es alterado, pero que igualmente triunfa, trae consigo la importancia de la estirpe y de las leyes de la herencia. Por un lado, entonces, la estructura autoficcional del diario garantiza la

Paunero Delgado, quien se exilió en Bolivia durante la dictadura de Rosas. Vivieron en Buenos Aires, tuvieron una hija y se trasladaron luego a Río de Janeiro, ya que Paunero fue allí Ministro Plenipotenciario de Argentina. La protagonista alude también en el texto a esta segunda hija de quien no tiene noticias: “¡Qué lindo es mi reloj! ¡Pobre muchacho! Él me lo regaló el día en que se casó con mi hija. ¿Qué será de ella? ¿A dónde estará?...” (p. 9).

¿Por qué ficcionalizar parte de la historia de Petrona Arrea? ¿Cuál es el proyecto literario que se esconde detrás de estos estrechos vínculos con la historia de Bolivia? Nos parece evidente la crítica al caudillismo que representa Ballivián y que fue común a todas las jóvenes repúblicas suramericanas tras las guerras de independencia. La propuesta modernizadora de José V. Lastarria se construye en oposición a este sistema político

que una nueva clase intelectual cree caduco. El enfrentamiento se visibiliza en el texto a través de la oposición entre la arbitrariedad y el absolutismo del caudillo que causan la locura de Petra y la ciencia del médico que intenta curarla a través de la escritura: el arma de la élite ilustrada. No solamente la historia narrada, sino la propia estrategia de construcción del diario se convierten en una



Portada de *Antaño i Ogaño* de José Lastarria.

identificación entre el lector y la narradora protagonista Petra, que sufre por la muerte violenta del ser amado y por la pérdida de su hijo. Esta identificación es la primera herramienta que se utiliza para criticar al régimen de Ballivián.

Petra se casó, luego de la muerte de Fructuoso y con la venia de su hermano, con el general nacido en Uruguay, pero de nacionalidad argentina Wenceslao

nueva arma que se enfrenta a la del caudillo militar. Esta oposición se hace evidente también desde la noticia: “El poder autócrata de que disponía el Presidente D. José Ballivián, engendró una tiranía llena de hechos tremendos y de la cual es una muestra el episodio que se desarrolla en *Antaño y Ogaño*” (p. 6). El autor de la noticia apela a la labor pedagógica de la literatura, la encargada de narrar la intrahistoria o, en términos de Balzac —“le roman est l’histoire priée des nations” (1846)—, la historia privada de las naciones: “[...] y descubrirá las feas manchas y repugnantes llagas del hombre privado. Entonces aparecerá en claro la terrorífica administración del General D. José Ballivián” (p. 6).

En esta misma noticia, el autor anónimo toma partido abiertamente por dos personajes de la historia boliviana en detrimento de José Ballivián: Manuel Isidoro Belzú (1808-1865) y Andrés de Santa Cruz. Frente al terror implantado por Ballivián, el gobierno de Belzú⁴ es presentado como un combate contra el enquistamiento de la oligarquía que el primero defendió. También la narradora en primera persona lo hace. Al narrar su amor por Fructuoso, recuerda los acontecimientos tras las batallas de Yanacocha y Socabaya, admirando los gestos de Santa Cruz, el líder de la Confederación, y mucho más los atributos humanos de Fructuoso que lo oponen a los intereses materiales de los militares y caudillos como Ballivián:

En el primero de los grandes bailes con que se celebraron aquellos triunfos, se atraía todas las miradas. Allí estaba la Corte de la Gran Confederación. El Protector y sus

generales brillaban por el oro de sus trajes y la pedrería de sus cruces.

Fructuoso, vestido sencillamente, brillaba entre todos, por la elegancia de su porte, por la serenidad y hermosura de su rostro (p. 31).

Esta oposición se puede observar desde la primera parte del título: *Antaño y ogaño* se interesa en el contraste entre el pasado y el presente, en la evolución y los cambios que se han producido entre una época y la otra.

Dentro de estos desplazamientos de discursos, hay un elemento que permanece inalterado: la posición subalterna de la mujer. La historia de vida de la protagonista se presenta como una sucesión de encierros: primero bajo la autoridad de su hermano y luego en el asilo controlado por la ciencia médica y, en parte aún, por los rezagos de una sociedad tradicional representada por la monja celadora. Pasa de un discurso autoritario a otro científico, de uno que la enferma a otro que pretende curarla, pero que tampoco podrá liberarla. Por este motivo, el *Diario de una loca* debe ser leído entre líneas para descubrir en el artificio que es la representación de la subjetividad de esta mujer, las huellas de su protesta, la voz marginal desde el encierro.

2. POLÍTICAS DE CONTROL Y PROPUESTA FICCIONAL

José V. Lastarria es el escritor más representativo del romanticismo chileno. El líder de la generación de 1842 —primera generación romántica del país— y representante del liberalismo criollo, defensor del progreso de la patria a través de la educación.

Concibió la literatura como un medio de aprendizaje y de divulgación de sus propuestas pedagógicas. Para ello utilizó personajes simbólicos con rol moralizador. Uno de ellos especialmente representativo de la estética romántica, el diablo, aparece en dos textos: *El manuscrito del diablo* (1849) y *Peregrinación de una vinchuca* (1858).

En Chile tras el proceso de modernización iniciado por el desarrollo minero en el norte del país entre 1840 y 1850, se intentó construir un nuevo partido liberal que respondiera a las necesidades de una nueva clase emergente. Lastarria estuvo involucrado en este proyecto y como parte de él impulsó la ley sobre la libertad de imprenta. Sin embargo, el liberalismo no gozó del respaldo absoluto: los enclaves capitalistas y el comercio que se desarrollaba en Valparaíso se aliaron con los terratenientes y no siempre libraron una batalla del lado de los liberales ilustrados.

Quizá el terreno en el que este discurso se distingue mucho más del de los conservadores es el religioso: defiende la secularización de la sociedad y la libertad de cultos, la separación entre la Iglesia y el Estado. Lastarria opone desde sus primeras obras un Estado liberal regido bajo los principios de justicia, igualdad y libertad contra una sociedad sometida a prejuicios e ideas conservadoras a causa del dominio del clericalismo.

La promoción de las letras chilenas y los afanes de construcción de una literatura nacional sobre la que se debate a partir de la década del cuarenta rendirán sus frutos a finales de la década siguiente. En 1859 Lastarria reorganiza el Círculo de Amigos de las Letras como instrumento contra los sectores conservadores

y un año más tarde se publica *Don Guillermo*, su novela más afamada. El mismo año, 1860, se establece el Premio Nacional de Literatura; gana *La aritmética del amor* de Alberto Blest y en 1862 este escritor publica la célebre novela *Martín Rivas* —que ha sido leída como la representación de la alianza entre la aristocracia y los nuevos ricos—. El reconocimiento de estos textos margina otros con códigos estéticos diferentes y universos representados alternativos como sucede con la novela *Sebastián Cangalla* (1856), que combina la prosa y el verso, del poeta minero Pedro Díaz Gana.

Sin embargo, al inicio de este debate, ya en su célebre “Discurso inaugural de la sociedad literaria de 1842”, se encuentran las bases de lo que cree debe ser la literatura americana: conocer bien la tradición hispana para abrirse a otros horizontes; seguir

el derrotero de la literatura francesa, literatura moderna por acercarse a la verdad y a la naturaleza humana. Debemos, por lo tanto, preguntarnos cuál es la naturaleza americana para que la literatura pueda cumplir sus dos funciones primordiales: ser útil y progresista. Lo fundamental de su crítica al sistema español lo desarrolla en un texto titulado *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y el sistema de los españoles en Chile* de 1843 y, en lo sucesivo, se convertirá en uno de los líderes del reformismo liberal.

En 1873 Lastarria funda la Academia de Bellas Letras y transforma el positivismo en instrumento de lucha contra la influencia de la Iglesia. Defiende, por lo tanto, la pureza de principios y doctrinas, frente a un espíritu calculador y a la transacción de las ideas de aquel grupo de liberales que se había aliado con los

conservadores. Esta dicotomía se encuentra representada en los personajes de sus novelas: Guillermo, la loca Petra y Alejo en la novela *Mercedes* que publica en 1875. Todos ellos son personajes idealistas e intransigentes del orden establecido, pero que van a terminar obedeciendo a uno nuevo también homogeneizador y disciplinador. En ese sentido, de acuerdo con lo propuesto por Juan Cid Hidalgo (2011) en el *Diario de una loca* se pone en evidencia una filantropía falaz, ya que al cederle la voz a un sujeto marginal se quiere sobre todo legitimar un nuevo discurso, un nuevo orden social.

3. LA VOZ FEMENINA

El célebre ensayo de Susan Sontag *La enfermedad y sus metáforas* reflexiona sobre la conformación de las subjetividades dentro de una sociedad que ha establecido



Mariscal Andrés de Santa Cruz (sentado) y su familia. Un sobrino suyo, Fructuoso de la Peña Santa Cruz, es personaje de *Diario de una loca*.

fronteras sociales en razón de la condición de sano o de enfermo: “A todos al nacer nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos” (Sontag 2003 [1978]: 11). La libertad, las formas del desplazamiento, la mirada del Otro se ven alteradas cuando se franquea el límite de la enfermedad. El enfermo como el criminal son un peligro para la sociedad, mucho más para las sociedades decimonónicas americanas que se construyen bajo el imperativo de una modernidad burguesa: científica, higiénica y eugenésica.

Las enfermedades mentales en particular son estigmatizadas como peligrosas para el orden social y los Estados construyen centros de aislamiento: “Los caprichos ligados a la tuberculosis y a la locura tienen mucho en común. A ambas enfermedades se les depara el encierro. Se expide a los pacientes a un sanatorio [...] Una vez encerrado, el paciente entra en un segundo mundo, con sus reglas especiales” (Sontag 2003 [1978]: 17). El *Diario* en ese sentido es un dossier que narra este nuevo mundo, este universo otro en el que la enferma vive. El relato se construye, por lo tanto, a partir de la comparación entre el espacio exterior y el interior; entre el pasado de libertad, y el presente de encierro y soledad; entre el mundo interior de los recuerdos y un presente monótono.

Lo interesante en el *Diario*, además del testimonio, es que la narradora es autoconsciente de la función social discriminatoria de estos psiquiátricos o sanatorios: “La sociedad no gusta de la desgracia, no quiere que la imagen del dolor se le presente en su camino. Por eso hacen hospicios. Por eso no se acuerda de los que lloran y los deja rezagados a un

lado de la senda para que mueran lejos de su vista” (pp. 33-34).

Esta suerte de viaje interior en que se convierte el *Diario* nos entrega una conciencia furiosa pero lúcida que, gracias a la escritura, se vuelve reflexiva acerca de sus sentimientos y afectos. Así, por ejemplo, luego de observar la piel de sus manos, Petra dice:

Soy vieja de cuerpo, pero mi pobre corazón se resiste a envejecer. Es él quien me atormenta. Es él quien tiene la memoria de lo pasado. Es él quien ama todavía. Mi corazón sólo ha servido para ocultar sus deseos, para disfrazar sus latidos, para disimular sus arranques, sus delirios, sus dolores, pero jamás los ha dominado, jamás les ha puesto freno (pp. 14-15).

La subjetividad de Petra corresponde a la de una heroína romántica que antepone la honestidad de sus afectos a las órdenes que los prohíben y en cuya rebeldía —reclamo de libertad— apela a la memoria y al sufrimiento: “¡Yo jamás me sometí, jamás me humillé!” (p. 49). Es más, estos dos elementos se encuentran relacionados: el sufrimiento es la vía de la memoria: “Los recuerdos me vienen solamente cuando he llorado mucho. ¡Oh! ¡El llanto es el rocío del alma!” (p. 13).

Completa esta personalidad romántica, su identificación, con la geografía americana que ha sido testigo de sus desventuras: el río de la Plata, las playas de Brasil y sobre todo las montañas bolivianas: “mi cerro, mi monte querido, el compañero de mi infancia, el blanco de las profundas miradas de mi juventud, mi cerro” (p. 16). También lo llama: “hermano mío, caro Illimani” (p. 17).

Como dijimos líneas arriba, otro de los elementos centrales que constituye su identidad es la lengua. La hostilidad del lugar se verifica en relación a la incompreensión; así, por ejemplo, su relación con sor María, la monja celadora, pasa de la cordialidad a la rivalidad cuando ella cumple su papel de custodio. Entonces, el discurso de la monja se hace ininteligible: “siempre me habla de Dios en su jerga gavacha [sic]” (p. 38)⁵. Mientras que la posición comprensiva y paternalista que el médico adopta con ella harán poco a poco que su lengua también extranjera tenga, sin embargo, una connotación positiva: “la claridad de vuestras ideas es lo que ilumina mi espíritu. Hablad... Hablad” (p. 36). Más adelante: “¡El portugués me parece una lengua hermosísima en su boca! ¡Qué bien habla!” (p. 38). Se oponen aquí el oscurantismo que representa la religiosidad de la monja (los ataques de furia que protagonizaba Petra eran motivados en gran medida por la presencia de un loco disfrazado de clérigo que la hacía recordar al sacerdote que avaló el fusilamiento de Fructuoso) contra la racionalidad y la comprensión del médico. Las conversaciones con el médico —y la escritura como prolongación de las mismas— tienen la forma de una confesión laica. De esta manera, el médico suple el papel que cumplía el cura como consejero espiritual de las mujeres en este tiempo: “¡Basta, no lloréis! Yo os absuelvo con toda la efusión de mi amistad paternal” (p. 46).

Sin embargo, su discurso no solamente está constituido por dichos recuerdos, pedazos de su vida pasada, sino también por la reflexión acerca de su locura. Ella no está dentro de la enfermedad, sino que se mueve entre la lucidez y la furia, lo que le permite esta

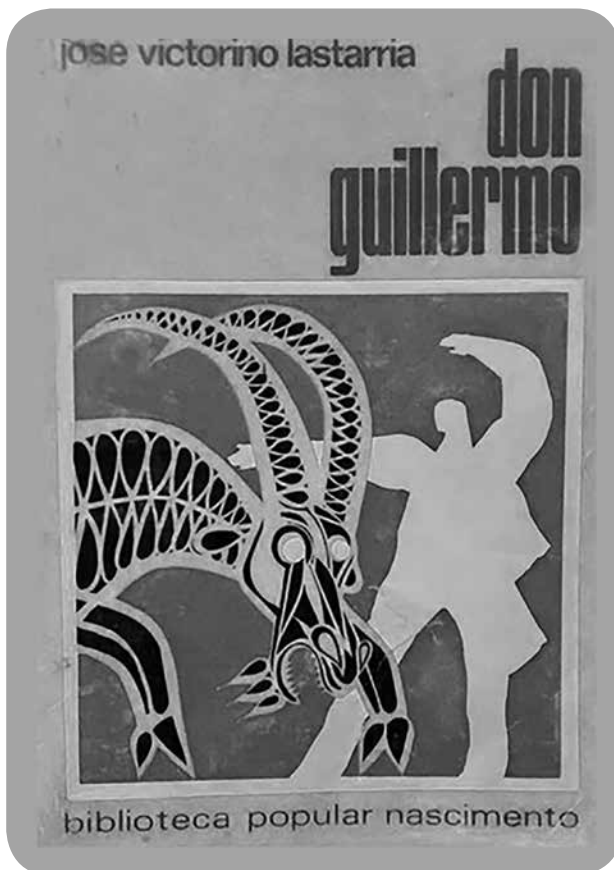
metarreflexión: “¿Será cierto que soy loca? ¡Qué noche tan oscura!” (p. 11). Y más adelante: “¿Será cierto que soy loca? ¿Qué se han hecho los míos? ¡Ah! Dicen que han muerto. ¡Y me han dejado aquí sola en una casa de locos!... Lo recuerdo bien. Si estuviera loca, no lo recordaría. ¿O será que cuando lloro mucho, despierto de mi locura?” (p. 12). Tiene además conciencia de la terapia que lleva a cabo, de la función de la escritura y de la palabra sobre ella: “No estoy loca. Hablaba sola, porque estoy escribiendo lo que hablo. [...] escribo y lloro, sabiendo lo que hago” (p. 65). Así Petra se identifica con la labor de su propio médico.

De esta manera, su discurso pretende instaurar una nueva moral que cuestiona cómo la sociedad clasifica a los locos en una clara crítica a una sociedad egoísta

y a las ambiciones personales de la clase política: “¿A dónde está la razón? ¿Allá o aquí? Allá, si la razón consiste en ajustar la vida a las consecuencias del egoísmo y a las exigencias de la sociedad; aquí, si únicamente tienen alma los que saben pensar y sentir sin egoísmo, sin esclavitud, sin miedo, sin estupidez” (p. 27). Para estos reales locos poderosos la sociedad actual no tiene castigo: “Y para estos locos no hay hospicios! Sólo hay honores, riquezas, sumisión, vileza, humillación, alabanzas” (p. 49). Mientras que lleva a cabo una apología a la libertad de los sentimientos, a la honestidad: “Los cuerdos no lloran, ríen de todo. Para ser cuerdo, es necesario no tener fuego en el alma. Eso que llaman gran mundo en la sociedad, tiene un páramo en su cerebro, siempre helado, siempre yerto, jamás ardiente. ¡Prefiero ser loca!” (p. 22).

Su crítica al poder no solamente se concentra en el aspecto público, es decir, el gobierno despótico de los caudillos, sino en la repercusión de esta cultura autoritaria sobre las vidas privadas, en especial, de las mujeres. A estos caudillos militares se les acusa de matar por celos a amantes, hijos, mujeres y de traicionar impunemente sin recibir ningún castigo social.

La salud que Petra parece recuperar gracias a la terapia del recuerdo y la escritura tiene altibajos, por lo que el médico decide tomar la palabra en los dos últimos capítulos del *Diario*: “Mientras vele su vigilia ese sopor que la fiebre causa en su cerebro, voy a continuar su diario. Ella tendrá el placer de ver trazado por mí su terrible diálogo, cuando mejore” (p. 68). La jerarquía del discurso médico se hace evidente. Es él quien autorizó la



Portada de *Don Guillermo* de José Lastarria.



Portada de *El manuscrito del diablo* de José Lastarria.

escritura y es a él a quien este ejercicio pertenece. El *Diario* termina con la muerte de la protagonista narrada por el doctor: “Su voz se apagó. Su busto cayó dulcemente sobre el lecho. Era un cadáver” (p. 77). Aunque, antes de ello, el doctor reproduce las últimas palabras de Petra cuando reconoce la diferencia entre su muerte y la de Fructuoso: ella ha muerto tras haber recuperado la razón gracias a la terapia médica, mientras que el joven militar lo hizo víctima de la irracionalidad del autoritarismo. Así, mientras que los límites entre la cordura y la locura, entre lo sano y lo enfermo, se disponen socialmente y se utilizan para oprimir y marginar, la forma de la muerte como experiencia límite concreta se utiliza para echar luces sobre dicha arbitrariedad y manipulación de la enfermedad por el poder político.

CONCLUSIONES

El personaje de la loca representa el otro lúcido, el marginal que como tal es capaz de emitir un juicio moral sobre el cuerpo social. La triple marginación de la protagonista, loca, mujer y extranjera, la convierte en la representante de la rebeldía contra el autoritarismo y la violencia que han convertido su vida en una secuencia de encierros: el incesto, la muerte del amante, la pérdida del hijo, el matrimonio sin amor, la soledad. La locura es solo la consecuencia o la metáfora que articula todas estas alienaciones.

La locura de Petra cuestiona los valores de una sociedad gobernada y controlada en sus más mínimos detalles por un caudillo. El oxímoron encerrado en el discurso lúcido de esta loca muestra el absurdo de un régimen egoísta, patriarcal, violento y conservador representado por el

militar poderoso y su aliado: el clero. Al contrario, la única institución que “salva” a Petra de sus ataques de furia es la ciencia, en este caso, representada por la medicina y su terapia basada en la palabra.

El discurso de la élite letrada que presenta Lastarria hace de las mujeres las representantes de los cuerpos sensibles que son las naciones latinoamericanas durante el siglo XIX. Dolores⁶ o María⁷ para Colombia, Blanca Sol⁸ para Perú, Santa⁹ para México, etcétera, a través de la enfermedad física o moral, representan las contradicciones de la modernización, los proyectos frustrados de las élites. La utilización de los cuerpos femeninos como centros de normativización no impide que estos digan mucho más de lo que sus autores se propusieron, es decir, que sean leídos como denuncias a la propia ideología que les dio origen.



Notas

1. Esta edición no presenta prólogo y comprende los siguientes relatos: “El mendigo”, “El Alférez Alonso Díaz de Guzmán”, “Rosa”, “Don Guillermo”, “El diario de una loca”, “Mercedes” y “Una hija”. Relatos que habían sido publicados con anterioridad a partir de 1843 en la prensa.
2. Andrés de Santa Cruz (La Paz, 1792-Beauvoir 1865): destacado político y militar. Integró el ejército realista; en 1821, tras haber sido capturado, pasa a integrar las filas del ejército patriota. Tuvo un papel fundamental en la independencia de Quito. Participó en la batalla de Junín (1824). Fue nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército Libertador durante la campaña del Alto Perú dirigida por Sucre: quiso convertir a Bolivia en el centro unificador de América del Sur, por lo que durante su gobierno (1829-1836) defiende el proyecto de la Confederación Peruano Boliviana y se convierte en su Protector (1836-1839) rivalizando, por un lado, con las élites costeñas peruanas (Gamarrá y Salaverry) y, por el otro, con los caudillos bolivianos (Ballivián y Velasco). En ambos casos, era acusado de defender intereses extranjeros, bolivianos y peruanos, respectivamente.
3. El mismo autor anónimo especula con la posibilidad de que Petra haya tenido en realidad dos hijos: Gutiérrez, fruto del incesto con Ballivián, y otro niño de su amor con Fructuoso.
4. Manuel Isidoro Belzú fue presidente de Bolivia entre 1848 y 1855. Su gobierno se inicia con el golpe de Estado que da al régimen de Velasco y se caracteriza por un acercamiento a los intereses de las clases populares. Su identificación con ellas le aseguró el calificativo de “El Tata”, pero también el que su gobierno fuese víctima de numerosos levantamientos y conspiraciones de quienes veían sus intereses políticos y económicos sucumbir.
5. Gabacho: coloquialismo despectivo que hace referencia al francés o a la lengua francesa.
6. Nos referimos al personaje de *Novelas y cuadros de la vida sur-americana* (1869) de Soledad Acosta de Samper.
7. El personaje de *María* (1867), de Jorge Isaacs.
8. El personaje de *Blanca Sol* (1888), de Mercedes Cabello de Carbonera.
9. El personaje de *Santa* (1903), de Federico Gamboa.

Bibliografía

- Balzac, Honoré de
1846 “Le roman est l’histoire priée des nations”, en *Petites misères de la vie conjugale*. Paris: Chez Chlendowski.
- Cid Hidalgo, Juan
2011 “Filantropía, democracia, locura. *Diario de una loca* de José Victorino Lastarria”, en *América sin nombre*. N°16: pp. 18- 28.
- González, Beatriz
1986 “Del liberalismo romántico al idealismo solipsista. *Diario de una loca* (1875) de José Victorino Lastarria”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. N° 23, año 12: pp. 27- 44.
- Lastarria, Manuel
1842 *Discurso de incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago en la sesión del 3 de mayo de 1842*. Valparaíso: Imprenta de M. Rivadeneyra.
- 1875 “El diario de una loca”, en *Revista Chilena*, tomo I. Santiago de Chile: Jacinto Núñez Editor. Imprenta de la República, pp. 277- 301.
- 1885 *Antaño i ogaño. Novelas y cuentos de la vida hispano-americana*. Santiago de Chile: Biblioteca Chilena, publicada bajo la dirección de Luis Montt y J. Abelardo Núñez.
- 1908 *Antaño y ogaño. Diario de una loca. Página de la historia de Bolivia*. Valparaíso: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.
- Sommer, Doris
2009 *Ficciones Fundacionales: las novelas nacionales de América latina*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Sontag, Susan
2003 [1978] *La enfermedad y sus metáforas*. Traducción de Maurus Muchnick. Buenos Aires: Taurus.

